

Representaciones falangistas de la virilidad en *La fiel infantería*, de Rafael García Serrano

JAVIER SÁNCHEZ ZAPATERO
Universidad de Salamanca

1. La narrativa bélica falangista: virilidad y victoria

Cualquier acercamiento a *La fiel infantería* (1943), de Rafael García Serrano, ha de partir de su integración en un triple contexto genérico, ideológico y autorial. Por un lado, la novela es uno de los más significativos ejemplos de lo que M^a Ángeles Naval denominó con acierto la “narrativa de la victoria” (2000), en la medida en que, partiendo del realismo testimonial propio de la literatura bélica de la época, fue concebida como una herramienta de legitimación de la acción franquista. Tomando como base la propia experiencia como combatiente

de su autor, la obra se caracteriza por presentar una imagen sublimada de quienes lucharon en las filas franquistas —y de forma especial de los falangistas—, basada tanto en el carácter heroico que demostraron con sus hazañas y su ardor guerrero en el frente como en la toma de conciencia que les llevó a comprometerse hasta arriesgar la vida por la defensa de unos ideales patrióticos.¹

Cultivadas con especial recurrencia durante la propia contienda y los primeros años de 1940, las novelas sobre la guerra de los adictos al Régimen presentan, además de una notable uniformidad argumental y estética, un maniqueísmo interpretativo que las lleva a presentarse como “verdaderos actos de fe que los autores hacen en capacidad de manifestar la verdad, en la bondad de cuanto representan y, en última instancia, en la idoneidad de los símbolos que se les proporcionan” (Mainer 1989: 73). Semejante monolitismo, impuesto por la censura y por las propias convicciones de los creadores —o por su necesidad de posicionarse en un momento histórico en el que incluso la neutralidad podía resultar problemática—, deriva en la defensa de una “ideología exasperada y combatiente” (Martínez Cachero 1984: 800) que no solo conlleva la continua exaltación de la victoria —y de los valores de quienes la consiguieron—, sino también la configuración de una masculinidad dominante fuertemente vinculada a la virilidad. No en vano, según Zira Box, “el nacionalismo falangista fue un nacionalismo expresado en términos de virilidad, fuerza y poder”, concordando con los fascismos europeos, que, en líneas generales, se distinguieron por abanderar una “ideología

1 Aunque tratados de forma distinta, ambos elementos aparecen en otros ejemplos de la narrativa falangista de la época. Mientras que la evocación de las hazañas de combate está presente en *Camisa azul: retrato de un falangista* (Felipe Ximénez de Sandoval 1937), *Se ha ocupado el kilómetro 6... Contestación a Remarque* (Cecilio Benítez de Castro 1938), *IV grupo del 75-27* (José Vicente Puente 1942) o *Legión 36* (Pedro García Suárez 1945), la asunción de compromiso de los protagonistas, en algunas ocasiones después de un viraje ideológico que no sufren los de la novela de García Serrano, determina la trama argumental de *Madrid de corte a cheka* (Agustín de Foxá 1938), *Leoncio Pancorbo* (José María Alfaro 1942) o *Javier Mariño* (Gonzalo Torrente Ballester 1943).

eminentemente masculina y juvenil, simbolizada en ese ideal de fuerza, vigor e ímpetu de una juventud mitificada en tanto representación de las posibilidades regeneradoras de la nación” (2017: 208). Esos modelos de masculinidad, habitualmente desarrollados a través de los estereotipos del héroe y el mártir, se complementan en el caso concreto de García Serrano con una mirada absolutamente idealizada hacia la guerra y los ambientes castrenses.

En segundo lugar, dada la militancia falangista de su autor —que no abandonó en ningún momento su férreo compromiso político y de cuya literatura se llegó a decir que era “de una idea: la Falange” (Martín Nogales 1989: 101)—, resulta evidente que *La fiel infantería* debe situarse, al igual que obras de otros autores como Felipe Ximénez de Sandoval o Cecilio Benítez de Castro, dentro de las novelas que, en el marco de la “narrativa de la victoria” que llegó a convertirse en tendencia a comienzos de la década de 1940, se distinguieron por intensificar “la obediencia, el odio y la reacción antidemocrática a través de la violencia, sublimada como acto de virilidad y necesaria porque conduce a fines eternos y santos” (Caudet 1993: 470). Las novelas falangistas aportan una visión de la guerra que, lejos de limitarse a interpretarla como mito fundacional y sostén ideológico y legitimador del régimen de Franco, la conciben, siguiendo la famosa sentencia de José Antonio Primo de Rivera, como el “ámbito ideal de la hombría, como realización de la dialéctica de los puños y las pistolas” (Mainer 2013: 46). La sublimación de la violencia se observa tanto en la defensa de una serie de valores que tradicionalmente han identificado la noción de masculinidad con la virilidad —la acción, la valentía, el ímpetu o el coraje, gráficamente resumidos en la extensísima entrada que el propio García Serrano dedica al término “cojones” en su castrense, y tabernario, *Diccionario para un macuto* (1964)—² como en la crítica

2 La obra compendia el léxico y las expresiones, casi siempre coloquiales y de marcado carácter vulgar, que se popularizaron debido a su frecuente uso durante la guerra. Incidiendo en la identificación entre masculinidad y virilidad propia del falangismo a través de los atributos físicos, en la entrada de “cojones”, aderezada con una larguísimo listado de sinónimos y palabras derivadas, se alude directamente a conceptos como “fuerza, brío, valor”, “a la serena reacción del hombre

a los postulados antibelicistas —cuestionados por los falangistas al interpretarlos de forma simplista como mera indiferencia— que muestran la confesión del propio autor de que “no hay nada que provoque tanto el gusto por la guerra como una novela pacifista” y que, por tanto, “muchacha culpa de las exaltaciones belicistas en los veinte y los treinta las tuvieron los Remarque, los Barbusse, los Zweig, los Yale Harrison y gente por el estilo” (1966: 507-508) o la explícita apelación del ya citado título de Benítez de Castro.

Tal y como ha mostrado Mary Vincent, en toda la retórica y la imaginaria falangista se insiste en la idea de que la guerra es “un instrumento de renovación nacional y personal” que, además de depurar, regenerar e incardinarse en el proceso configurador del “nuevo Estado” que perseguía el régimen franquista, puede convertirse en el escenario ideal para el desarrollo de una “nueva y hegemónica masculinidad” (2006: 136-138) constituida sobre atributos como la valentía, la fuerza, el arrojo, el estoicismo, la disciplina y la tenacidad. De hecho, para Noblet, “la aptitud para el combate se convierte en una condición decisiva de la virilidad” (2021: 17). Los “hombres de verdad” eran “valientes y fuertes, se mantenían impávidos al frente del peligro y les gobernaba la razón y la voluntad en vez de sus sentimientos” (Vincent 2006: 138), lo que convertía la confrontación armada en el contexto adecuado para que los jóvenes devinieran hombres, categoría que, en consecuencia, alcanzaban no tanto por lo que eran, sino por lo que hacían y demostraban. De ahí que, como ha advertido José-Carlos Mainer, el sacrificio que implicaba semejante metamorfosis sea una de las notas distintivas fundamentales de novelas como *La fiel infantería*, en las que se transmite la idea de que “el rito de la contienda civil es rito de muerte” (1983: 83) y, con ello, de que la participación de la guerra, con el riesgo cierto de perecer en ella, no era sino una forma iniciática de demostrar el valor y el coraje que a todo hombre se le habían de suponer.

ante el peligro o a su buena reacción” e incluso a “la paradoja española [que] quiere que huevos sea sinónimo de cojones y, en cambio, gallina —el animal cuyos huevos son más apreciados por la tropa— sea sinónimo de cobarde” (1966: 578).

Y, por último, *La fiel infantería* tiene que ser encuadrada dentro de la singular trayectoria literaria de Rafael García Serrano, probablemente el autor que, desde la óptica de los vencedores, recreó con más frecuencia y durante más tiempo la Guerra Civil en sus novelas,³ hasta el punto de ser definido como “el gran nostálgico de la derecha” (Trapiello 2019: 563) e incluso como alguien que “encontró en el campo abierto de la guerra fratricida la exaltación de la acción directa, y [...] quedó anclado en la posguerra en una permanente nostalgia de combate” (Soldevila Durante 2001: 439). Según García de Nora, sus novelas “son un apasionado canto al espíritu de guerra, una especie de apología de la violencia” (1962: 43) de la que el propio autor fue consciente al confesar que servía “a la literatura como serviría en una escuadra, con la misma intensidad y con el mismo objetivo” (en Mata Induráin, 1993: 83).⁴ No en vano, una de sus primeras obras, *Eugenio o la proclamación de la primavera*, dedicada, a grandes rasgos, a evocar el clima de enfrentamiento que antecedió al estallido de la contienda a través de una estructura argumental que culmina con la glorificación de la muerte heroica de su protagonista — que cuenta, de hecho, con un capítulo significativamente titulado “Pedagogía de

3 Sin ánimo de exhaustividad, además de los ya citados *La fiel infantería* y *Diccionario para un macuto*, y de sus memorias *La gran esperanza* (1983), escribió sobre el tema en *Eugenio o la proclamación de la primavera* (1938), *Plaza del Castillo* (1951), *Al otro lado del río* (1954), *Los ojos perdidos* (1958), *La paz dura quince días* (1960), *La ventana daba al río* (1963) o *El pino volador* (1964). Semejante reiteración sorprende en el contexto de la narrativa del interior de España, puesto que, tras la eclosión que siguió a la finalización de la guerra, el tema bélico y la evocación del conflicto fue paulatinamente desapareciendo, no solo por el movimiento pendular que siguen todas las tendencias y por la escasa capacidad renovadora que mostraron casi todas las novelas publicadas, sino también por el hecho de que, como señaló Soldevila Durante, “ya en 1940 circularía una consigna emanada de algún organismo oficial incitando —si no ordenando— a abandonar el tema de la guerra civil” (2001: 247).

4 Su concepción instrumental de la literatura fue expresada en múltiples ocasiones, como cuando confesó que “no es nada para nosotros la literatura”, pues “la única misión de los que ahora vamos bajo la bandera hispana es conseguir un siglo útil para la Patria” (en Rodríguez Puértolas 2008: 652).

las pistolas”—, comienza con un sintomático prólogo que da buena muestra de la mitificación de la violencia y de la guerra:

Soy camarada de una generación con destino propio. Nuestro destino de morir, mi mismo destino de morir me lleva a Eugenio, el muerto que yo, que cada uno de nosotros, hubiera querido ser. Huérfanos de apoyo redimimos la tierra de España, para recibir el bautismo del trigo y el bautismo de la sangre [...]. Fuimos a la guerra convencidos de que en su fin podríamos decir lo contrario de la generación remarquiiana: estamos totalmente salvados, aunque deshechos por las granadas. Somos jóvenes, elementales, orgullosos, católicos y revolucionarios (García Serrano 2019: 23).

Junto al carácter de “literatura militante de combate” (Mata Induráin 1993: 83), la otra gran nota distintiva de García Serrano es su adscripción a lo que Fernando Larraz ha calificado como “falangismo populista” (2014: 110), manifestado en un estilo tabernario y chulesco, repleto de palabrotas, interjecciones y alusiones escatológicas, y opuesto al modo de expresión ilustrado y culto con el que algunos de sus compañeros de partido quisieron remarcar su pretendida superioridad estética frente a quienes fueron sus enemigos en la guerra.⁵ En el caso concreto de *La fiel infantería*, la crudeza del tono, la zafiedad del vocabulario y la violenta explicitud de muchos de los sucesos bélicos narrados provocaron que el libro fuese retirado de las librerías pocos meses después de haber sido distribuido, pese a haber sido galardonada con el Premio Nacional de Literatura José Antonio Primo de Rivera, a adecuarse —de forma totalmente exaltada y pasional— a la uniformidad ideológica que imponía el Régimen y a haber recibido el visto bueno inicial de los censores —no sin advertir de

5 Para ver las diferencias entre ambas vertientes, nada mejor que comparar el ambiente cuartelero que evoca García Serrano en *La fiel infantería* —en el que los personajes salpicaban la conversación de tacos y expresiones malsonantes, se componían canciones de letras procaces y “olía a establo, pero a establo lleno de soldados” (1983: 43)— con el refinamiento de los personajes falangista que presenta Edgar Neville en *Frente de Madrid* (1940), que se distraen en sus ratos libres en la trinchera charlando sobre Chopin, Beethoven, Mozart, Debussy o Falla, leyendo libros de historia e incluso recitando a Shakespeare.

los problemas que suponía el hecho de incluir “escenas violentas, a veces ya repugnantes y palabras groseras, de esas que una persona no puede proferir delante de mujeres y que, por lo tanto, muchos menos pueden publicarse en un libro” (Larraz 2014: 110)—. Las razones de la prohibición sobrevenida se basaron fundamentalmente en las presiones de los sectores eclesiásticos, que denunciaron su “pésimo gusto literario y moral”, la inclusión de “escenas pornográficas” y “frases y juicios poco cristianos” y el uso de un “lenguaje procaz y cuartelario” que hería “el buen gusto literario y la pureza del sentimiento católico” (citado en Larraz 2014: 110). Aunque la decisión fue revocada y finalmente la obra volvió a ser publicada en 1958, lo acontecido pone de manifiesto la batalla ideológica y política que se estaba librando en el seno del franquismo entre falangistas y católicos y, en otro orden de cosas, la peculiar condición de verso suelto que jamás abandonaría al autor, falangista antes que franquista capaz de ser amonestado incluso por el Régimen con el que se identificaba y por el que luchó.

2. Modelos y valores de masculinidad en *La fiel infantería*

Para Martín Nogales, “el origen testimonial que inspira las narraciones [de García Serrano] da lugar en su obra a un realismo novelístico, evocador de ambientes, escenarios y personajes conocidos, que transmiten su personal visión histórica de la Guerra Civil española” (1996: 214). Por tanto, como sucede con casi todas sus novelas, *La fiel infantería* presenta bajo una estructura novelesca una serie de peripecias biográficas vividas durante la guerra por el autor. Aunque aparecen disgregados en una serie de personajes, entre los que destacan como principales protagonistas Miguel, Matías y Ramón —los dos primeros, de hecho, asumen la responsabilidad de la narración y relatan desde su propia perspectiva los dos primeros bloques de la obra, subtitulados “Papeles del camarada Miguel” y “Papeles del camarada Matías”—, los acontecimientos que aparecen en la novela coinciden con los vividos por el propio García Serrano: los momentos de tensión que siguieron al golpe de Estado en Pamplona, la formación de las primeras unidades de voluntarios navarros y su traslado hacia los

frentes del centro del país, los combates en la sierra madrileña, la formación que se daba a los combatientes en la academia militar de Ávila, etc. Como ha explicado Mata Induráin, más que la lucha en sí —cuya presencia se limita a algunos pasajes del avance de las tropas y su entrada en combate—, “lo que aparece reflejado en la novela es el entramado político que explica las razones de quienes fueron a ella en las escuadras de Falange” (1993: 84), visible a través de dos procedimientos: por un lado, la inclusión de múltiples conversaciones, desarrolladas en diversos escenarios que incluyen puestos de guardia, trincheras, noches al raso, hospitales, zonas de la retaguardia a las que se vuelve de permiso o academias militares, en los que los diferentes personajes van exponiendo su cosmovisión, coincidente con la de su creador, con quien se identifican de forma plena; por otro, la narración, a través de las voces narrativas o desarrolladas en estilo directo a través de los numerosos diálogos, de las biografías y las historias personales de quienes participan en la guerra. De ese modo, la experiencia bélica del autor, tanto la vivida directamente como la conocida gracias a los compañeros junto a los que combatió, aparece en la novela a través de una estructura fragmentaria que, lejos de reproducir los recursos formales propios y la habitual uniformidad argumental del relato testimonial, se basa en la concatenación de pasajes unidos simplemente por la sempiterna presencia del contexto bélico y por la aparición recurrente de los mismos protagonistas.

Así se va mostrando “de un modo natural, a través de diálogos y narraciones, el ideario falangista, de manera que la novela se convierte en un auténtico documento doctrinario” (González Martín y Tamburri Barriain 1998: 50) que concuerda con el contenido —alusiones a la necesidad de crear un nuevo orden, fervor patriótico, exaltación de la violencia, etc.— y con la forma de los manifiestos ideológicos falangistas, cuya retórica “se basa principalmente en dos recursos: la antítesis y la reiteración” (Carbajosa y Carbajosa 2003: 113). Estos dos procedimientos aparecen a través del reduccionismo de la oposición entre la Falange y todos sus enemigos y del uso recurrente de ciertos términos y expresiones de un marcado cariz simbólico dentro de la imaginación falangista: “camarada”, “amigo”, “Patria”, “guerra”... Formalmente, y siguiendo con lo ya apuntado acerca del tono bronco,

la macabra explicitud y el lenguaje soez, *La fiel infantería* se ajusta al tremendismo característico de la novela española de la década de 1940, también representado en el ámbito del falangismo por Tomás Borrás, con quien, divergencias estéticas aparte, comparte con García Serrano el afán de “desagradar y escandalizar por la violencia expresiva y la desmesura situacional, [...] incluso la repulsa propia” (Martínez Cachero 1973: 107).

2.1. Camaradería y vida castrense

Los personajes principales son masculinos, puesto que la presencia de la mujer es prácticamente testimonial en la obra, lo que no solo se explica por el lógico protagonismo que los hombres tuvieron en las acciones bélicas, sino también por el canto a la camaradería y a la fraternidad entre falangistas que pretende transmitir García Serrano, cuyo orden de prioridades parece sintetizarse con el listado jerárquico “los amigos, la Patria, Dios” (1983: 27) que enumera uno de los personajes a través de los que se transmite su ideología y su visión de la realidad. Las mujeres, en consecuencia, solo aparecen tangencialmente en algunos fragmentos, sobre todo a través de alusiones que sirven para especificar la diferencia de roles de género establecida por el ideario falangista, gráficamente manifestada en el momento en que, al narrar el traslado a Madrid de los voluntarios navarros que van a unirse al ejército rebelde, se alude al “orgullo varonil [...] de sentirse protector de aquellos seres que se quedan mezclando el dolor y el júbilo, indecisas entre matronas heroicas [...] o sencillas mujeres: madres, hermanas, novias” (37), evidenciando así la dualidad entre acción y pasividad que marca la diferencia entre unos y otras. Esta distinción también se aprecia al vincular el valor con la masculinidad, como expone el pasaje en que, ante la huida despavorida de algunos soldados falangistas por temor a un bombardeo enemigo, un teniente les pregunta a gritos si son “soldados o [...] ursulinas” (47).

Gracias a la yuxtaposición de escenas y a la presencia de diversos representantes del bando sublevado, la obra adquiere una dimensión colectiva por la que pretende convertirse, como el propio autor confesó

en el prólogo que escribió en 1980 para una de las múltiples reediciones de la novela —cuya popularidad se mantuvo vigente en el tiempo, gracias entre otras cosas a la adaptación cinematográfica homónima que se hizo en la década de 1960—, en el “retrato de los mozos de una generación española” (1983: 12). La difuminación de los detalles más personales y concretos permite que la experiencia de García Serrano como combatiente adquiera un valor simbólico que provoca que en ella se concentren las de todos quienes participaron en la contienda. Este sentido grupal implica una dimensión memorística y de homenaje, revelada de forma explícita tanto en la dedicatoria de la obra —que no esconde las siempre presentes exaltación de la violencia y reivindicación de la acción ni la toma de partido frente a la pasividad, al aludir “a los enfermos de la guerra que también daban su vida por la patria, humildemente, entre la indiferencia general” (9)— como en el reconocimiento del propio autor de que *La fiel infantería* era, por encima de todo, la “novela de los muchachos españoles que lucharon por la patria” (12).

La mirada idealizada que la novela proyecta sobre los combatientes falangistas se va configurando a través de diversos procesos sublimadores que comienzan con la exaltación de la camaradería castrense. Con el tono apasionado y vehemente característico de García Serrano, se van sucediendo las muestras de exaltación, que oscilan entre lo solemne —“¡qué bonito es ser soldado!” (1983: 32)— y lo chusco —“huele mal la gloria”, se señala al describir un ambiente cuartelario en el que “pesaba la atmósfera olorosa a sudor, a montón de hombres” (43)—. En líneas generales, este entusiasta ensalzamiento confirma que, como ha explicado Mary Vincent, “coraje y heroísmo definirían la identidad masculina; la camaradería de las trincheras traía consigo la base de toda la relación entre hombres, ya fuera en el ejército, la comunidad o la nación” (2006: 137). El catálogo de ejemplos que refuerzan esta idea en la novela es extenso, pero, a modo de ejemplo, queda adecuadamente resumido en la peripecia de un personaje que, antes de marchar de permiso, reconoce que “duele abandonar a esos camaradas” y que, al llegar a su hogar y reencontrarse con sus familiares y amigos, confiesa al saludarles que “fuera de los camaradas no hay que nadie que merezca la pena de soltar la mochila [...] para estrecharlo en los brazos” (García Serrano 1983: 93 y 109).

Como ya ha sido apuntado, continuamente se identifica a los soldados falangistas con camaradas, y no con meros combatientes, incidiendo con ello en la pureza de las razones de su lucha y, consecuentemente, en una pretendida supremacía moral e ideológica que lleva a los personajes a afirmar con rotundidad, recurriendo de forma nada baladí a la primera persona del plural, su superioridad frente a sus enemigos y, en general, frente a todos los representantes del antiguo orden que pretendían derrocar: “Nosotros somos superiores a los que nos precedieron porque ellos decían diputado, correligionario y descansó y nosotros decimos capitán, camarada y maniobra. Ellos decían estúpido fanatismo y nosotros fe. Ellos, yo; nosotros, nosotros [...]. Ellos rey o roque y nosotros Patria” (1983: 151).

Y es que en la lucha de los falangistas “todos nos dábamos a todos en ofrenda de amistad” (1983: 34). Semejante confesión implica la supeditación del individuo a los valores por los que pelea y al grupo en el que se integra para ello, lo que se expresa en la obra con la referencia al “orgullo de sentirse apenas nada, algo mínimo, aplastado bajo el heroísmo colectivo” (36), que conecta al mismo tiempo con la ya mencionada idea de sacrificio que aparece en prácticamente toda la literatura falangista sobre la guerra y con la reivindicación de una estructura grupal que uniforma a sus miembros al tiempo que lucha en búsqueda del bien común. No en vano, para Bertrand Noblet, “ser falangista significa, desde la fundación del movimiento en 1933, inscribirse personalmente en una virilidad colectiva” (2021: 17).

2.2. Violencia y guerra

Ahora bien, más allá de la mera evocación nostálgica de lo que supuso para García Serrano la unión casi fraternal con quienes compartió la experiencia de la guerra o la inequívoca voluntad por la que luchó por sus ideales, la sublimación de la experiencia bélica resulta especialmente reveladora en la medida que lleva implícita la idea de que el contexto militar, con todo lo que comporta, es el más apropiado para reafirmar esa masculinidad que se concibe casi de forma exclusiva como viril. Así se expone claramente cuando se señala que “donde no

hay alegría no hay soldado y donde no hay soldado no hay hombre” o que “loco de virilidad, el hombre piensa que nada hay comparable a ser soldado y dar a la patria” (1983: 36-37). Quizá el pasaje que de forma más paradigmática muestre el carácter iniciático que implican el alistamiento y la integración en una estructura castrense es aquel en el que se relata la salida de los jóvenes voluntarios desde Pamplona hacia el frente de Somosierra, en el que se pone de manifiesto de forma muy evidente que el desplazamiento, mucho más que una mera cuestión física, implica una auténtica transformación:

El autobús se lanzó por la soledad del asfalto. Bullía el motor acelerando, y nosotros gritábamos, locos, saltando en los asientos, dando vivas y arribas, porque en Pamplona se quedaba lo que hasta entonces habíamos sido: unos buenos muchachos de San Luis Gonzaga, borrachines de San Fermín, señoritos estudiantes, hipocritillas alegres, gentes de la buena bronca. Ahora sí que, por fin, éramos algo profundamente serios: soldados (38-39).

El escenario en el que los personajes de la novela van a poder alcanzar el “título de varón soldado” (1983: 28) que ansían es, como resulta obvio, el combate.⁶ Sin caer en el lenguaje soez y tabernario que caracteriza a otros pasajes del texto, el tono elegido por García Serrano para referirse a la contienda bélica se llena de solemnidad y, así, se define a la guerra como “la más real de las realidades” (19), se resume la participación en la batalla como “las horas más gloriosas que jamás vio el cielo despejado” (30-31) e incluso se llega a reconocer que “si aquí sonase un tiro, la vida sería más amable” (103). Como ha expuesto Athena Alchazidu, los protagonistas de la novela, en consonancia con el ideario y la actitud de su autor, “reciben el estallido de la guerra con

6 La unión indisoluble entre la acción militar y la masculinidad no solo estaba presente en el ideario falangista, sino prácticamente en todo el conglomerado ideológico que sostuvo al franquismo, como pone de manifiesto el hecho de que el arzobispo Enrique Pla y Daniel —curiosamente, uno de los eclesiásticos que más vehemente protestaron por la publicación de *La fiel infantería*— llegará a definir en 1936 la guerra como “una gran escuela forjadora de hombres” (Vincent 2006: 137).

una gran satisfacción [...] [por] el fervor de entrar en acción [...] y el cansancio causado por la inactividad de la paz” (2016: 82).

La atracción del autor por la violencia aparece filtrada por los comentarios de los personajes y los discursos de los narradores. Pese a la predominancia del falangismo, cuyo ideario domina toda la obra, en *La fiel infantería* también se da cabida a representantes de otros sectores que apoyaron la sublevación como requetés o legionarios. De estos últimos se ofrece una mirada sublimada desde la que se admira su apariencia —“laureados de leyenda, fachendosos, con grandes patillas y grandes blasfemias de su vocabulario de tigre” (1983: 72)—, su comportamiento —“acertaron a escandalizar nuestros oídos con el relato divertido de las cantinas y los burdeles” (172)— y su peripecia personal —“nos alucinaban sus vidas oscuras, pobladas Dios sabe de qué crímenes o de qué heroísmos o de qué sacrificios” (73)—. Se les llega a definir como “hombres de otro mundo, bajados más allá del heroísmo” (73).

Tomando la actitud de los legionarios como modelo y alejados de cualquier atisbo de cobardía o duda, los personajes de *La fiel infantería* reclaman salir a combatir, tal y como reconoce explícitamente uno de los narradores cuando recuerda los momentos en que esperaban agazapados en la trinchera: “deseábamos salir” (1983: 32). De forma complementaria, otro admite que acudir al combate no debía ser motivo de orgullo, puesto que no era más que una forma “de cumplir un deber del que solo dimiten los cobardes” (58). Las razones de la idealización de la lucha no solo se hallan en el dinamismo, la acción y la valentía que conlleva guerrear, sino también y sobre todo en la “poderosa razón de la pelea” (31), de la que participaban tanto el fervor patriótico como el ideal regeneracionista. De lo primero dan idea consignas como aquella en la que se afirma que “lo primero, España, y sobre España ni Dios” (82)⁷ —en

7 No obstante, la novela también recoge el sentido religioso, de cruzada, de la guerra civil cuando se narra cómo un personaje admite en un diálogo que “a tiros eres un perfecto misionero” o cuando se describe cómo un sacerdote arenga a los soldados después de confesarles diciendo que quienes van a sacrificar su vida

la que se deja entrever la ya mencionada pugna entre falangistas y católicos en el contexto de la primera posguerra—, mientras que lo segundo queda explicitado cuando uno de los narradores justifica su participación en la guerra mostrando su intención de “darle una patada en las posaderas a un mundo viejo” para crear “otro mundo distinto” (94).

La guerra, pues, adquiere un sentido dual para García Serrano, en la medida que lleva implícito un ideal regenerador por el que se trata de destruir y depurar el orden establecido para crear uno nuevo, cuyos representantes se identifican con los ideales de juventud, acción y virilidad que demanda el credo falangista. Demostrando su valor doctrinal, la novela parece basarse en las palabras de Rafael Sánchez Mazas en las que sostenía que la Falange no era un “un partido sino un movimiento, lo cual quiere decir un tránsito de la total realidad presente de España a otra futura realidad total y diversa” (en Carbajosa y Carbajosa 2003: 114). Resulta sumamente interesante que la creación de ese nuevo orden se manifieste en varias ocasiones a través de figuras retóricas con las que se exalta el modelo de masculinidad falangista y se expone su relación con los valores por los que se lucha —y de forma concreta, con la patria— en términos corpóreos y sexuales. Sin ánimo de exhaustividad, se define a los combatientes como “camaradas con fusil, fecundando a tiros la Patria” (García Serrano 1983: 19), se sostiene que la intención de quienes toman partido en la guerra era “fecundar la Patria con la pólvora violenta del Alzamiento” (84) e incluso se define la acción bélica como la celebración de “unas míticas bodas con su Patria”, en la que “toda aquella sangre —inmensa sangre— era nupcial” y “después vendría el fruto” (1983: 123). Como ha explicado Box, el uso de estas imágenes metafóricas, basadas en la corporeización femenina de la patria, contribuyó a “la conformación de un discurso guerrero y victorioso que, en un contexto bélico como el del primer franquismo, se estructuró alrededor de la denuncia de la violencia, profanación y ultraje de la nación perpetrados por el

“en defensa de la Patria” lo hacen también “en el Santo Nombre de Dios Padre” (1983: 81 y 20).

enemigo invasor” (2017: 219) y, claro está, la consiguiente necesidad de salvación y reconquista.

En general, se observa a través de este tipo de expresiones una exaltada sublimación de la acción y de la convicción gracias a la que se lucha por aquello en lo que se cree, convirtiendo así el dinamismo y el compromiso en dos valores fundamentales de la virilidad falangista, opuestos a la indiferencia de quienes no tomaron partido en la guerra. De ahí que se ofrezca una valoración negativa de los intelectuales, representantes de la pasividad que tanto repudia el autor, y de quienes se dice que la tropa tiene un concepto entre “satánico y afeminado” (García Serrano 1983: 73), o que se indique en el contexto de un diálogo que “ha de prohibirse por decreto sentir la menor simpatía hacia Don Quijote apaleado, que la sienta solamente ese hatajo de estúpidos que nos atontan a fuerza de hablar de imperios espirituales” (156). Del mismo modo, también se denigra a uno de los iconos del movimiento antibelicista de la I Guerra Mundial al relatar de forma bastante escatológica, y aludiendo a la higiene personal y a la carencia de papel higiénico, cómo los soldados utilizan las páginas de *Sin novedad en el frente*⁸ “para los más ínfimos menesteres” (1983: 77). Incluso se llega a reconocer sin ningún atisbo de duda que “cuando la Patria se parte en dos, son pocos los indiferentes [...], que deberían de ahorcar, puestos de acuerdo, los bandos combatientes” (1983: 62).⁹

8 La elección de Remarque, también citado por Cecilio Benítez de Castro y por el propio García Serrano en *Diccionario para un macuto*, no es causal, puesto que el autor alemán se convirtió en todo un símbolo de la literatura antibelicista gracias al “éxito importantísimo” (Castañar 1992, 34) que cosechó en España *Sin novedad en el frente* (*Im Westen nichts Neues* 1928), de la que llegaron a publicarse nueve ediciones solo en 1929.

9 Partiendo de postulados ideológicos radicalmente diferentes, Antonio Gramsci escribió en 1917 el manifiesto “Odio a los indiferentes”, en el que también sostenía que “vivir quiere decir tomar partido” y que “la indiferencia es el peso muerto de la historia [...], el mal que se abate sobre todos, [que] acontece porque la masa de los hombres abdica de su voluntad” (2011: 20).

2.3. Acción y convicción

Esta última mención a quienes no se comprometieron con ninguno de los dos bandos en lid, subrayada por el reconocimiento de uno de los narradores de que “aquel 19 de julio calibró a las gentes: unos salimos y otros no” (García Serrano 1983: 62), permite explicar por qué la obra de García Serrano se distingue notablemente de muchos de sus coetáneos y camaradas. A diferencia de la demonización del enemigo de buena parte de la narrativa de la victoria, obcecada en denunciar el “terror rojo” y en mostrar la superioridad de los sublevados frente a los republicanos,¹⁰ el autor de *La fiel infantería* reconoce sin ambages el valor de aquellos contra quienes combatió. Pese a que en ocasiones cayeron en los tópicos excesos propios del maniqueísmo de la época y se refirieron a sus enemigos como “hombres enfurecidos, bebedores de sangre” (148) y a que, siguiendo con la atracción por la violencia que subyace a toda la novela, prácticamente instaron a su aniquilación —en concreto, se refirieron al “alegre turismo armado [...] que le estaba haciendo falta a España” (45) al detallar algunos de sus excesos represores—, los narradores de la novela observan siempre a los republicanos que combaten con una humanidad poco habitual en la literatura de la época: alaban su ardor guerrero y su coraje en el campo de batalla —“benditos los de enfrente, que también saben manejar armas”, llegan a decir (1984: 208)— y confiesan rezar por la memoria de quienes mueren peleando.

Para entender este reconocimiento, aparentemente complicado de conjugar con el reduccionismo de la interpretación histórica de los primeros años de la posguerra y con la radical ideología de García Serrano, se ha de tener en cuenta que, en *La fiel infantería*, por encima de todo, se admite la valía de quienes participan en la guerra y arriesgan su vida por la defensa de sus compromisos, por alejados de

10 Sin ánimo de exhaustividad, entre los falangistas que se ocuparon del tema están Jacinto Miquerelena —en *Cómo fui ejecutado en Madrid* (1937) y *El otro mundo* (1939)—, Tomás de Borras —de forma especial en *Checas de Madrid* (1939)— o Samuel Ros —en *Meses de esperanza y lentejas* (1940).

los suyos que estén. El reconocimiento de que en la contienda luchan “los fanáticos de los dos lados [...], los que solo podíamos luchar sin descanso, los generosos” (1983: 65), lejos de adquirir una connotación negativa, demuestra lo loable que resulta para el autor llevar hasta sus máximas consecuencias la toma de partido.

Por eso la muerte aparece de forma continua en la novela, bien a través de la narración de pasajes de caídos en combate, bien a través de reflexiones sobre su constante presencia en el contexto bélico. En consonancia con la interpretación del combate y de la guerra que sostiene la obra, se describe como “bienaventurados” a “quienes mueren con las botas puestas” (1983: 113) en el título del tercer capítulo y se califica el hecho de morir en combate como “bello” y “bueno” (179). Como representantes del martirologio franquista, quienes pierden su vida en el campo de batalla, expresión máxima de acción y convicción, “vivifican con sangre la Patria”, como se ejemplifica en la agonía de un falangista al que “le ayudó a bien morir el morir por la Patria en la sola presencia de Dios, casi ángel con su descolorida camisa azul” (68).

3. Imaginarios más allá de la literatura

Lejos de ser baladíes, los arquetipos de género que van imponiéndose en el imaginario colectivo adquieren una notable importancia en la medida en que “como construcciones simbólicas y discursivas, compartidas socialmente, establecen las posibilidades y los límites que se abren a los sujetos históricos, y por lo tanto determinan la acción, así como las expectativas o deseos de los mismos” (Cenarro 2017: 17). De ahí que análisis como el ofrecido en las páginas anteriores arrojen conclusiones susceptibles de trascender el interés meramente literario. A tenor de lo explicado, *La fiel infantería* es un paradigmático ejemplo del carácter doctrinal de la narrativa falangista de la victoria —aunque dotado del carácter singular y único que su autor imprimió a toda su trayectoria—, pero, sin menoscabo de la importancia de su ubicación taxonómica en un contexto y un corpus literarios concretos, ha de ser vista también como un ejemplo de los medios a través de los que el falangismo trató de modelar la masculinidad hegemónica de la época.

A través de un múltiple proceso sublimador que incluyó vehementes y pasionales exaltaciones de la violencia, de la camaradería, de la vida castrense, de la toma de partido y de la propia guerra, la novela de Rafael García Serrano participó del culto a la virilidad que caracterizó buena parte de los discursos de la primera posguerra, en los que la reivindicación y la legitimación de la victoria en la contienda compartieron protagonismo con el afán de sentar las bases del nuevo modelo de sociedad que se pretendía imponer.

Bibliografía

- ALCHAZIDU, Athena (2016): *Tremendismo: el sabor amargo de la vida. Tras las huellas de la estética tremendista en la narrativa española del siglo XX*. Brno: Marasyova Univerzita.
- BENÍTEZ DE CASTRO, Cecilio (2018): *Se ha ocupado el kilómetro 6... Contestación a Remarque*. Madrid: Guillermo Escolar.
- BOX, Zira (2017): "Cuerpo y nación: sobre la España vertical y la imagen del hombre", *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, 107, pp. 225-228.
- CARBAJOSA, Mónica y CARBAJOSA, Pablo (2003): *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*. Barcelona: Crítica.
- CASTAÑAR, Fulgencio (1992): *El compromiso en la novela de la II República*. Madrid: Siglo XXI.
- CAUDET, Francisco (1993): *Las cenizas del Fénix. La cultura española de los años 30*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- CENARRO, Ángela (2017): "Identidades de género en el catolicismo, el falangismo y la dictadura de Franco", *Historia y Política*, 37, pp. 17-26.
- GARCÍA DE NORA, Eugenio (1962): *La novela española contemporánea, vol. III*. Madrid: Gredos.
- GARCÍA SERRANO, Rafael (1966): *Diccionario para un macuto*. Madrid: Editora Nacional.
- (1983): *La fiel infantería*. Barcelona: Planeta.
- (2019): *Eugenio o la proclamación de la primavera*. Córdoba: Almuzara.

- GONZÁLEZ MARTÍN, Rubén y TAMBURRI BARIAIN, Pascual (1998): “Falangismo, Guerra Civil y Navarra en Rafael García Serrano”, en Francisco Javier Caspistegui Gorasurreta (ed.), *Mito y realidad en la historia de Navarra. Actas del IV Congreso de Historia de Navarra*. Pamplona: Sociedad de Estudios Vascos, pp. 43-54.
- GRAMSCI, Antonio (2011): *Odio a los indiferentes*. Barcelona: Ariel.
- LARRAZ, Fernando (2014): *Letricidio. Censura y novela durante el franquismo*. Gijón: Trea.
- MAINER, José-Carlos (1989): “La retórica de la obviada: ideología e intimidad en algunas novelas de guerra”, en Serge Salaün y Carlos Serrano (eds.), *La guerre d’Espagne*. Paris: Presses Sorbonne Nouvelle, pp. 73-95.
- (2013): *Falange y literatura*. Barcelona: RBA.
- MATA INDURÁIN, Carlos (1993): “La guerra civil y la ideología falangista en *La fiel infantería*, de R. García Serrano”, *Anthropos. Boletín de Información y Documentación*, 148, pp. 83-86.
- MARTÍN NOGALES, José Luis (1989): *Cincuenta años de novela española (1936-1986). Escritores navarros*. Barcelona: PPU.
- (1996): “Guerra civil, memorialismo y discurso en la narrativa de García Serrano”, *Príncipe de Viana*, 17, Anejo, Congreso Internacional sobre la Novela Histórica: Homenaje a Navarro Villoslada, pp. 213-222
- MARTÍNEZ CACHERO, José María (1973): *Historia de la novela española entre 1936 y 1975*. Madrid: Castalia.
- (1984): “Novela: los años estériles de la Guerra Civil”, en Víctor García de la Concha (coord.), *Historia y crítica de la Literatura Española al cuidado de Francisco Rico, vol. VII. Época contemporánea, 1914-1939*. Barcelona: Crítica, pp. 799-803.
- NAVAL, M.^a Ángeles (2000): *La novela de Vértice y la novela del sábado*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- NEVILLE, Edgar (2013): *Frente de Madrid*. Madrid: Asociación de Libreros de Lance.
- NOBLET, Bertrand (2021): *Virilidad nacional. Modelos y valores masculinos en los manuales de historia (1931-1982)*. Zaragoza: Pressas de la Universidad de Zaragoza.

- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio (2008): *Historia de la literatura fascista*. Madrid: Akal.
- SOLDEVILA DURANTE, Ignacio (2001): *Historia de la novela española (1936-2000)*. Madrid: Cátedra.
- TRAPIELLO, Andrés (2019): *Las armas y las letras. Literatura y Guerra Civil (1936-1939)*. Barcelona: Destino.